

## Reseñas

### Marcos de guerra. Las vidas lloradas.

Judith BUTLER

Barcelona, Paidós Ibérica, 2010

“No es como si un ‘yo’ existiera independientemente por aquí y que simplemente perdiera un ‘tú’ por allá, especialmente si el vínculo con ese ‘tú’ forma parte de lo que constituye mi ‘yo’. Si bajo esas condiciones llegara a perderte, lo que me duele no es sólo la pérdida, sino volverme inescrutable para mí. ¿Qué ‘soy’, sin ti?”

*Vidas precarias.* Judith Butler

“Yo fui humillado en las cadenas.  
¿Cómo puedo ahora componer versos? ¿Cómo puedo escribir?  
Después de las cadenas y las noches y el sufrimiento y las lagrimas,  
¿Cómo puedo escribir poesía?”

*Humillados en las cadenas.* Sami al-Haj  
Poeta/prisionero de Guantánamo  
*Marcos de guerra*

Como señala su autora en la introducción, *Marcos de guerra* es, en cierta manera, una continuación de *Vida precaria* (2006). Lo es en la sugerencia de que la distribución diferencial del duelo en tiempos de guerra produce y mantiene ciertas concepciones excluyentes de lo humano funcionales al esfuerzo bélico. Sin embargo, el llamamiento a la reconceptualización de la izquierda sobre la base de “formas dialógicas de ontología social” (195), sitúa a *Marcos de guerra* en la estela de una teoría performativa del “ser” empeñada en cultivar coaliciones que combatan y supriman los resultados restrictivamente normativos de la representación occidental hegemónica y de la “metafísica de la sustancia” (Butler, 2007: 77) que articula la noción de sujeto.

Una alianza así pensada debería centrarse en los métodos y efectos de la violencia estatal, pero

también, concluye Butler, en las invocaciones —y reducciones— de sujeto que producen el horizonte ontológico dentro del cual aparecen como necesarios y justificados; sus marcos.

Este libro trata de pensar una resistencia política y ética frente a la violencia vehiculada —definida y regenerada— dentro de esos modos de saber/poder que son los “marcos de guerra”. Para ello, intenta reorientar la política de la izquierda hacia una consideración de la “precariedad” como “fuero juzgo” para el intercambio coalicional. La política necesita comprender la precariedad como una condición vital generalizada, donde la vida, entendida como “vida precaria”, implica una dependencia de redes y condiciones sociales. Nuestras “obligaciones” surgen de la idea de que no puede haber una vida vivible y, por lo tanto, susceptible de dañarse o perderse —y llo-

rarse—, sin esas condiciones sostenedoras, y de que esas condiciones son una responsabilidad política y ética. Todos estamos sometidos unos a otros, todos somos vulnerables a la destrucción por los demás —salvo en la fantasía militarista— y, en consecuencia, todos estamos necesitados de protección mediante acuerdos multilaterales basados en el reconocimiento de esa precariedad compartida.

Lo que Butler sostiene a lo largo de los cinco capítulos que conforman *Marcos de guerra*, es que la guerra está enmarcada/manipulada para controlar y potenciar el afecto con relación a una distribución desigual y políticamente inducida de la precariedad —“precariedad” [*precarity*] (46)— que compromete el estatus ontológico de ciertas poblaciones modelándolas como destructibles y no merecedoras de ser lloradas, en lugar de cómo poblaciones vivas necesitadas de protección contra la violencia ilegítima estatal, el hambre o la enfermedad.

El primer capítulo comienza con una reflexión acerca de ese “cisma” (77) en nuestra valoración moral. Lo explica Butler: nuestra capacidad de respuesta no es tanto un acto espontáneo o un encuentro primario como “una manera de responder a lo que está ante nosotros con los recursos que están a nuestra disposición” (79). Luego la cuestión es cómo reabordar la cuestión de este impasse afectivo tomando en consideración los marcos dentro de los cuales ciertas vidas no son percibibles en su precariedad. La crítica de la violencia debe empezar, en su opinión, por la pregunta de la (no)representabilidad, y aquí, sobre todo, por el papel de los medios de comunicación dominantes en la regulación del afecto.

En efecto, prosigue Butler, el “plan interpretativo tácito” (81) por el que la guerra sostiene sus prácticas disponiéndonos para sentir indignación frente a una expresión de violencia e indiferencia justificada frente a otra, funciona fundamentalmente a través de los sentidos, que son modelados por las distintas formas mediáticas regulando lo que puede mostrarse y escucharse en la constitución del campo público de lo visual. Y es que nuestra capacidad para articular un tipo u otro de respuesta moral dependerá de lo que Butler denomina “condiciones de receptividad” (246); éstas incluyen no sólo mis recursos privados sino también los distintos marcos mediante los cuales el mundo es dado y el ámbito de la apariencia circunscrito.

Muertes anónimas y sin “rostro” (Butler, 2006: 169) pueblan el envés de sombras de nuestra receptividad mediada: imágenes de lo que es menos que humano, o de lo inhumano emboscado y, a veces, imágenes de la sustracción de toda imagen, de todo nombre, de toda narrativa. En el primer caso, la irrepresentabilidad funciona por medio de la propia representación, mostrando el modo en que “lo abyecto” se oculta, amenazante; en el segundo, sobre la base de un “borramiento radical” (*ibidem*: 183); resume Butler: donde nunca hubo una vida, no puede haber ninguna muerte. La tarea por venir consiste, en consecuencia, en establecer modos públicos de mirar y escuchar que despierten al sentido de la precariedad del “otro” “ofreciendo matrices interpretativas para la comprensión de la guerra que cuestionen y se opongan a las interpretaciones dominantes” (82).

Los marcos mediante los cuales aprehendemos o no conseguimos aprehender ciertas vidas como perdidas o dañadas —susceptibles de dañarse o perderse— operan generando ontologías específicas de sujeto. Los sujetos se constituyen mediante normas de inteligibilidad, socialmente instauradas y mantenidas mediante prácticas reguladas de repetición e imitación, que “producen y cambian” (17) los signos que las personas han de darse a sí mismas para tomar carta de naturaleza ontológica. Es por esa, que Butler llama “función de su iterabilidad” y heterogeneidad” (*ibidem*) que se hace posible poner al descubierto la “astucia” que produce el efecto de “sustancia” en el proceso de significación subjetiva. El marco que pretende determinar cómo y qué se ve ha de “circular” a fin de establecer su hegemonía; esta circulación —por fuera de los contextos delimitados como condiciones de producción— saca a relucir la estructura reiterable e históricamente contingente del marco revelándolo como engañoso y plausible. Ello abre el camino a “interpretaciones insurgentes” (94).

La divulgación de la poesía de Guantánamo; la circulación de fotos de la guerra; la imagen digital fuera de los muros de Abu Ghraib... Para Butler, el movimiento del texto o de la imagen fuera de su confinamiento constituye una especie de evasión: ofrece las condiciones necesarias para un tipo diferente de respuesta moral. La poesía carcelaria, recuperada y publicada; la circulación de fotos de la guerra por entre el marco visual producido por

el “periodismo incorporado” (96); las imágenes de las torturas fuera de la escena original. Unas y otras permiten al acontecimiento seguir sucediendo. No es que la vida, despojada de todas sus interpretaciones habituales, asuma una significación pura. Antes al contrario, lo que se posibilita es la instrumentalización de textos e imágenes en direcciones radicalmente diferentes, sean estas las de la solidaridad o las de la indiferencia.<sup>1</sup>

La vida de los presos de Guantánamo no entra, bajo la base argumentativa militar, en el tipo de vidas humanas necesitadas de protección. Sin embargo, la filtración de los poemas de Guantánamo comunica otro sentido de solidaridad frente al sojuzgamiento extremo y la interdependencia pisoteada: “la de vidas interconectadas que sacan adelante las palabras de unos y otros” (94). Del mismo modo, la imagen visual producida por el periodismo incorporado construye una interpretación de la realidad de la guerra, consustancial a la campaña de destrucción; todo un diferencial de poder es formulado y renovado a través de la obliteración visual. Empero, la circulación de fotos de los muertos de la guerra

genera las condiciones apropiadas para impugnar sus operaciones diferenciales, ello posibilita una modificación en la valoración política de la guerra. Finalmente, añade Butler, la tortura no fue únicamente un esfuerzo por humillar a los prisioneros de Abu Grahib, sino, también, una manera de construir coercitivamente al “sujeto árabe” sobre la base de un desiderátum sexual y religioso primitivo que debía encarnarse —y recogerse— para justificar su exclusión violenta. Una vez más, fuera de la escena de su producción, las fotos han dado origen a una mirada distinta, otra posible: la del horror como alegato en favor de la radical inaceptabilidad de la tortura.

Podemos formarnos —nuestra capacidad de respuesta afectiva puede formarse— dentro de una matriz de poder, el marco de guerra lo es, pero eso no significa que necesitemos reconstituir esa matriz, o ese marco, de un modo leal o automático: la circulación, su reproducibilidad, lo hacen falible: vulnerable a la inversión, la subversión e incluso a la instrumentalización crítica. En realidad, nos dice Butler, “sólo hay que recoger las herramientas de donde están” (Butler, 2007: 283).

## BIBLIOGRAFÍA CITADA:

BUTLER, J., (2006) *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós.

BUTLER, J., (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós Ibérica.

LONDON, J., (1970) *El lobo de mar*, Barcelona, Bruguera.

<sup>1</sup> En efecto, en *Marcos de guerra* la puesta a disposición de pruebas no obliga a un tipo de respuesta moral, sólo la hace posible. No obstante, el relato, por momentos excesivamente optimista, de Butler puede llevar a equívocos. Nada más lejos de la realidad, sin embargo. Como comprendiera, para gran consternación suya, el desconcertado protagonista de *El lobo de mar* de Jack London: deseoso de mostrar al mefistofélico Wolf Larsen la verdad del altruismo, no acertó a encontrar la clave lógica que determinara la necesidad de una conducta moral. Muy al contrario, dice aquél: “No veo la necesidad de ello ni es de sentido común (...). Teniendo la inmortalidad por delante, el altruismo sería la proposición de pago de un negocio. Podría elevar mi alma a toda suerte de alturas. Pero sin tener ante mí otra cosa eterna más que la muerte, dada la corta duración de este fermento que se llama vida, sería una inmoralidad ejecutar una acción que representara un sacrificio” (London, 1970: 81. El subrayado es mío). Luego la reacción ética es —ahora sí— posible, pero nunca un “reflejo” o impulso puro procedente de una capacidad primaria de respuesta moral, liberada al fin.